



a los 50 años de la muerte de

STRINDBERG

SOLO "La señorita Julia", montada por Miguel Narros para Dido, en sesión única, había testimoniado en Madrid el cincuenta aniversario de la muerte de Strindberg. Un testimonio de evidente insuficiencia, a pesar de los méritos de aquella representación, si nos atenemos al valor del dramaturgo nórdico. La publicación de "Los acreedores" en "Primer Acto", una encuesta celebrada en "Arriba", algún otro artículo aislado, sumaban unas aportaciones a las que faltaba el complemento esencial: el estreno comercial de algún título de Strindberg.

Afortunadamente, éste va a celebrarse. Precisamente coincidiendo con un significativo cambio de nombre de un teatro madrileño. El Torre de Madrid va a llamarse —responsable y magnífica decisión de Armando Moreno— teatro Valle Inclán. Ojalá que su futura trayectoria se haga acreedora a ese título, lleno de significaciones en la historia de nuestro teatro contemporáneo.

No es este el momento de apuntar los valores y excelencias de Strindberg, punto de arranque de varias corrientes esenciales de la dramaturgia europea. En él se encuentra el mejor teatro naturalista y en él está también esa abertura a lo espectral; dos concepciones desde las que cabría explicar un sinnúmero de fenómenos teatrales de nuestra hora.

En esta ocasión optamos por hablar con José María de Quinto, director de la versión de "Los acreedores" de Alfonso Sastre, que va a estrenarse en el Valle Inclán. Sabemos que ensaya duramente y que se levantará el telón sobre una visión madura y meditada de la pieza de Strindberg.

—Desde "Vestir al desnudo", de Pirandello, no había vuelto a hacer acto de presencia en un escenario. Lo hago ahora con "Los acreedores" y estimo que el trabajo merece la pena.

Con respecto a la obra de Strindberg:

—Ha sido Arthur Adamov quien, en un

EN EL VALLE INCLAN --HASTA AHORA TEATRO TORRE DE MADRID-- VAN A ESTRENAR "LOS ACREEDORES"

intento de definir el teatro de Strindberg, ha aludido a una especie de "contabilidad infernal". Pues bien: esa "contabilidad infernal", ese pedirse cuentas unos personajes a otros, este debe y haber, que da el título a otra de sus obras, alcanza su más lúcida y total expresión en "Los acreedores". Se trata, sin duda, del drama más cruel e impresionante de todo el naturalismo psicológico. Viene a ser, con palabras del propio Strindberg, "un combate de cerebros" en el que se comete una especie de "asesinato siquico".

De la versión de Alfonso Sastre:

—Juzgo valiosísima su adaptación libre. Incluso el final no puede ser más strindbergiano. El mismo Karl Jaspers dice que si en un principio culpaba Strindberg a la mujer del fracaso de la relación entre los sexos, al final de su vida concibió la tremenda sospecha de la existencia de un verdugo que nos estaba castigando por culpas acaso cometidas en una vida anterior.

Del montaje que prepara, de los puntos de partida de su dirección:

—Para el montaje he intentado trabajar dentro del entendimiento de lo que Strindberg definió como "nueva fórmula": el drama puro, descarnado, casi desnudo. He

atendido, pues, al texto primordialmente y he huido de la tentación de introducir elementos escenotécnicos extraños, que pudieran enturbiar esa pureza. No hay que olvidar, en este sentido, que Strindberg estimaba "Los acreedores" por encima de "La señorita Julia", toda vez que en este último drama aún advertía concesiones al "romanticismo y al decorado". Por todo ello he querido mantenerme fiel a ese concepto de la "nueva fórmula", que hizo exclamar a Strindberg: "¡Una mesa y dos sillas! ¡el ideal!"

De sus intérpretes:

—En esa especie de colaboración, que es para mí todo trabajo de dirección, en el que tanto director como actores investigan sobre un texto dado, he contado con la labor de Mary Carrillo, Rafael Arcos y Tomás Blanco. Estamos aún trabajando sobre un texto espinoso y árido en el que nada es gratuito. Todo se nos presenta lleno de posibilidades y sugerencias. Creo, sinceramente, que nuestro trabajo se desenvuelve dentro de un rigor muy necesario. Y que, si la suerte nos acompaña, podremos ofrecer un espectáculo inteligente, digno de figurar entre los mejores, en la conmemoración mundial del cincuentenario de la muerte del gran escritor sueco.

Este es, en definitiva, el pretexto para la presencia de Strindberg en nuestros escenarios. Los cincuenta años de su muerte y la revisión que internacionalmente se está haciendo —en los escenarios y en las revistas— de sus obras fundamentales. Con todo, el pretexto entraña una oportunidad que va más allá de toda conmemoración. Augusto Strindberg — el teatro de Ibsen pareció, absurdamente, empequeñecer el de su compatriota — va a comparecer en Madrid, servido con todo amor y rigor, abriendo la historia del nuevo Valle Inclán, un teatro desde el que Armando Moreno quisiera plantear positivas batallas. El estreno de "Los acreedores" es una buena muestra.

(Foto Alfredo.)

un ionesco placidamente aplaudido

por JOSE MONLEON

«dulce pájaro de juventud» de tennessee williams

A estas alturas, el mundo dramático de Williams resulta fatigosamente repetido. Hubo un tiempo, a raíz de «Verano y humo», «Camino real» o «El zoo de cristal», en el que pudo hablarse de una selección de elementos sureños, de una sutileza psicológica, de una problemática de la corrupción. Hoy no sé si vale la pena insistir sobre estos puntos entre otras razones porque sospecho que el sicologismo de Williams ha ido adquiriendo unas complejidades clínicas excesivas.

En el mejor teatro de Williams, aun dentro de su turbiedad, se apuntaba una cierta ordenación crítica entre los elementos que condicionaban y corrompían al héroe. El alma de «Verano y humo», o los personajes de «El zoo de cristal», o aun los de «La caída de Orfeo», tenían siempre esa inocencia profunda consustancial a todo sujeto trágico. Su corrupción se remitía a causas oscuras, más o menos poetizadas por Williams, o al desequilibrio entre una atmósfera «socialmente» puritana y un apasionamiento —de ascendencia latina— individual peligrosamente reprimido. Williams, a través del alma de «Verano y humo», a través de Blanche Dubois, de «Un tranvía llamado Deseo», se esforzaba en denunciar ese desequilibrio y sus demoleedoras consecuencias... Había, en el gesto de tantas mujeres de Williams, un sentimiento, de honda raíz trágica, de identificación entre la libertad y la corrupción. Ser libre significaba, decididamente, ser arrojado del paraíso.

En «Dulce pájaro de juventud» vuelve a construirse una tragedia de la libertad y de la añoranza. Vuelve a darse esa «nostalgia de pureza», que parece ser el permanente contrapunto de la corrupción real de los personajes de Williams. Sin embargo, en esta ocasión, la tensión entre ambos extremos descansa sobre elementos demasiado anecdóticos. Hay que atar pequeños datos, pequeños

cabos, para entender y seguir la historia. Los personajes nos resultan menudos, sometidos a una crónica de sucesos antes que a la depuración estilística de la tragedia.

Sobre el término catarsis hay varias interpretaciones. Una de ellas consiste en entender el término como «purga» de la acción, como su emplazamiento purificado de extremos sentimentalismos. En este orden, podría decirse que el teatro de Williams, y concretamente «Dulce pájaro de juventud», ilustra la necesidad de que el dramaturgo someta su creación a esa «catarsis». A esa clarificación en virtud de la cual la tragedia cobra agudeza y pierde tremendismo.

Los dos intérpretes esenciales de «Dulce pájaro de juventud» son un «gigoló» —enamorado, a pesar de todo, de una antigua novia, en la que personifica su «nostalgia de pureza»— y una actriz venida a menos, muy acoplada a esa etíca aparatosa de los «monstruos sagrados». Son dos papeles que, al decir de los críticos de otros países, han valido grandes éxitos a sus intérpretes. En Estados Unidos, muy concretamente a Paul Newman y Geraldine Page. Ignoro en qué puntos habrán apoyado ese triunfo, porque, la verdad, se trata de dos personajes con mucho truco. O quizá este truco entrañe un efectismo que ni Arturo Fernández ni Amelia de la Torre han explotado... Arturo Fernández está bien, aunque reduzca su personaje a un esquema de sencillez y naturalidad no siempre acorde con las demandas melodramáticas del texto. Algo análogo cabría decir de Amelia de la Torre, cuya labor discurre con cierta monotonía. Su personaje se prestaba a una diversidad y gradación de sentimientos, de contrastes, de planos, que ha simplificado en exceso la buena actriz Amelia de la Torre.

El decorado, escueto, dentro de esa línea que parece caracterizar los últimos montajes de Luis Escobar, lo firmaba Emilio Burgos. La dirección, de Escobar, tendía también a un equilibrio, conveniente en sí mismo, pero peligroso en este caso, dado que desdibujaba el fuerte trazo melodramático de la pieza de Williams. Eli-

SIGUE



Tomás Blanco, Mary Carrillo y Rafael Arcos, durante los ensayos de «Los acreedores». La pieza se estrenará en Madrid la próxima semana, conmemorando el cincuentenario de la muerte de su autor